



Josefina era una niña, que recién cumplía su primer año, a la que le encantaba hacer cosas ricas en la cocina y cuando grande quiere ser pastelera. En su casa siempre había algún, pastel o torta porque cuando podía preparaba uno para comérselo y compartirlo con toda la familia.

Todo lo hacía con mucho cariño, le quedaban muy bonitos y ricos porque los decoraba haciendo formas, añadiendo trozos de chocolate y detalles o figuras con hartos colores



Un día, Josefina empezó a darse cuenta de que estaba pasando algo extraño. Cuando hacía un queque siempre lo dejaba reposar por la noche para comerlo con la familia al día siguiente, pero desde hacía unos días todo lo que encontraba por la mañana era solamente un trocito y ya no estaba el queque entero como lo había dejado. ¡Alguien se estaba comiendo sus queques! Y eso mucho le

Vicente Nario

molestaba porque era su mayor placer que gustaba compartir y no que alguno se los comiera solo.



A todos les preguntó, ni el gato llamado Pelu ni los perros salchicha



del frente se escaparon de ser interrogados.

Josefina sabía que algo raro estaba pasando, así que esperó a que llegara a casa desde el colegio su hermano Martín, flacuchento y bueno para la pelota con 11 años que cuando grande quiere ser militar, para preguntarle. Y cuando por fin llegó, Josefina se quedó muda con la historia que le contó su hermano ya que era como de mucha fantasía.

“Josefina, hermanita querida, te contaré lo que creo está pasando. Verás, hay un



monstruo grande y gordinflón, como el papá Pepe, que por las

Vicente Nario

noches se mete en las casas, sobre todo a ésta ya que huele el rico olor a queque recién preparado por tí y se come todos los pasteles o tortas que prepararan los niños. Estoy segurísimo de que el monstruo se ha enterado de lo ricos que están tus postres y te los está robando”.

La Josefina se quedó muy sorprendida, pensó que podía ser cierto, pero ideó igualmente un plan para dar un escarmiento al monstruo ladrón de pasteles,

gordinflón como su papá Pepe.



Josefina le contó a su hermano del medio Jeremías (que a todo esto él no comía mucho en el jardín, pero en su casa picoteaba de todo) y junto a él se pusieron



manos en la masa

y preparó dulces de todos



los colores, formas y sabores, siempre pensando en pillar al ladrón.

- El monstruo de los pasteles se va a dar un festín con todas estas ricas tortas



, pero lo que no sabe es que lo voy a pillar con las manos en la masa – pensó Josefina; Jeremías, el del medio de tres años, se reía al ver a su hermana menor cuidando sus cosas ricas.

Estuvo haciendo tortas todo el día y, como siempre, las dejó reposar en la cocina y se fue a la cama, junto con su hermano Jeremías, después de tomar su última mamadera para dormirse temprano como niños buenos que son



Vicente Nario

Cuando todo estaba tranquilo y su familia dormía, Jeremías, con los ojos pegados de sueño, fue a despertar a la Josefina, bajaron muy silenciosamente sin despertar a la mamá Vero y al papá Pepe escondiéndose en la despensa de la cocina a esperar, valientemente, al monstruo ladrón de pasteles.

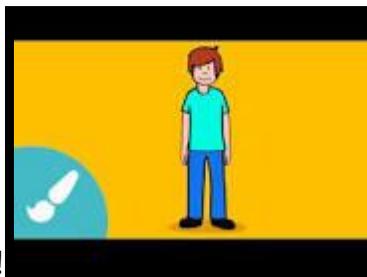
Harto rato pasó y ya el sueño les vencía nuevamente, de repente, escucharon un ruido sin ver mucho pues la luz estaba apagada y todo muy oscuro. Cuando estuvo segura de que era el monstruo, abrió rápidamente la puerta de la despensa, salió de un salto y lanzó a la cara del monstruo dos tortas enormes con crema verde rellena de un montón de bolitas de chocolate.

- ¡¡¡Aaaaahh!!! –gritó el monstruo, tan fuerte que despertó a los papás Vero y Pepe

y a la nona Nilda.



- ¡Qué daño me has hecho! ¡Y además me has dado un susto tremendo!



- ¡Martín! ¿Eres tú? ¡La historia del monstruo era

mentira! – le contestó Josefina muy enfadada a lo que Jeremías también dijo: ¡Eso no se hace!, pero igualmente se reía lo que molestó más a la pequeña de los

hermanos.

Su hermano Martín, bueno para comer, se dio cuenta de que no había estado bien mentir a su hermana y con la cara llena de crema y chocolate, le pidió perdón muy avergonzado, pero con la boca llena y el estómago contento de comer tanto queque, aprendió la lección: siempre es mejor contar la verdad que una mentira, porque al final, ¡de todo se entera uno!...se abrazaron los tres hermanos



y se fueron a sus camas para dormir apuraditos hasta el otro día para ir al jardín y colegio.